

A la hora del almuerzo, buscaron en vano á Yalomitsa. Se había marchado á pie, con un hatillo al hombro y el violín debajo del brazo, por el camino polvoriento, y ya debía de estar muy lejos de la Ercolani.

XIII

ÚLTIMO PASO

CONVIENE hacer justicia á Felipe: la cosa en que menos pensó, fué la siniestra predicción del bohemio. Le hizo el caso que haría al chillido lúgubre del ave nocturna, ó al ronco desvariar de enfermo delirante; al cuarto de hora ni se acordaba de ella. Otra idea llenaba su espíritu; otras palabras repercutían sin tregua en su mente. «¡Tu hijo!» había dicho aquel insensato... ¿Sería verdad? La hipótesis tan sólo bastaba para dictar á Felipe su línea de conducta... No era dable titubear: el deber se presentaba claro y categórico... ¡No habersele ocurrido antes que podía suceder *aquello!* Contingencia tan natural echaba por tierra las combinaciones de la política y las imposiciones de la historia...

Miraya salió en el cestito, con orden de recoger al loco de Yalomitsa si conseguía darle alcance, y se hallaron solos Rosario y Felipe, sentados en el sitio predilecto, el templete des-

de cuyos intercolumnios se veían el golfo y las gentiles escotaduras de la playa. La tarde, calurosa y luminosa, declinaba ya, cuando Felipe se decidió á interpelar á su amiga, del modo más confidencial y tierno.

—No hay nada de eso, nada absolutamente —respondió impávida la chilena, que, sin duda, esperaba la interpelación, y hablaba en voz firme, clara y bien modulada.

—Rosario —dijo Felipe con ahinco y fuerza cariñosa;— piensa lo que respondes, porque de este momento depende nuestro porvenir. He contraído contigo una deuda...

—Nada me debes, Felipe del alma —murmuró ella, poniendo en tensión la voluntad para contener la pasión que quería romper desatada por los labios.— Nada me debes. Con tu país, con tu nación, sí que tienes deudas de honra, y esas es preciso que las pagues... cueste lo que cueste, y sea como sea.

—Escucha, Rosario... — Y Felipe la cogió de las manos, caricia que ella rehuyó sin esquivar, sonriendo; porque su valor, ejercitado ya por la resignación, dispuesto y guardado como un tesoro, acudía entero á fortalecerla en aquella hora de prueba.— Escucha, Rosario... nena mía, oye, no te apartes. No sé lo que tú pensarás de mí allá en tus adentros; pero reconocerás que, lo mismo en el banco del Jardín de París que ahora en este templete, donde hemos pasado momentos tan celestiales... yo te he ofrecido siempre... ser tu marido, serlo, gozoso, satisfecho, cuando quieras. No debes dudar de mi

palabra... ¡pero si dudases, mañana mismo, ahora, dentro de media hora!...

—No dudo, Felipe;— declaró Rosario sin perder su calma heroica.— Has estado y estás pronto á casarte conmigo; tengo que agradecerlo, y te lo agradezco. ¡Tanto te lo agradezco, tanto... que no acepto, ni aceptaré jamás! Lo repito, lo repetiré mil veces: ¡jamás, aunque se hunda el firmamento!

—¡Jamás! ¡Ah, Rosario... no son iguales todos los días ni todas las circunstancias, y el que dice «jamás» podrá tener que borrar la palabra en el aire con su aliento!... ¿Estás hoy tan tranquila al decir ese *jamás*, como estabas ayer, en que te comprometías... tú, tú *sola*?

Enmudeció la chilena algún tiempo, y sus pupilas vastas y aterciopeladas expresaron, del modo misterioso que expresa las emociones la pupila humana, una melancolía insondable, sin esperanza ni consuelo. Eran los ojos meridionales de Rosario tan habladores y tan cantores, poseían tal magnetismo, tal irradiación de sentimientos, que, sin alterarse ni moverse el resto de las facciones, ellos solos bastaban para revelar plenamente cuanto pasaba por el espíritu de su dueña. En aquel momento decían, con magnánima serenidad: «Me ofreces lo que sabes que no he de admitir. Tú me conoces... y conociéndome, entiendes bien lo que tengo dispuesto.»

—¿No quieres? ¿No me quieres por tu marido? ¿Qué, me desairas *también ahora*? —añadió Felipe, con la zalamería involuntariamente fe-

lina de que sabía revestir sus halagos, y que determinaba en Rosario la reacción de la ternura y como consecuencia, la de la abnegación generosa.

—*Ahora* lo mismo que *antes*—pronunció la chilena con lentitud y énfasis.— No ha cambiado la situación ni tanto así. Es decir: ha cambiado. Antes tú no habías contraído compromisos con una nación que lo espera todo de tí... antes no habías aceptado públicamente la sucesión de la corona de Dacia. ¡Podías volverte atrás... aunque no debías! En este mundo todos tenemos obligaciones que cumplir, deberes que llenar sin cobardía... Unos son agradables y otros crueles... ¡Y tan crueles!... Tu deber consiste en *reinar*... El mío, en no estorbártelo... ¡al contrario! No creas que procedo así por humildad... Es por orgullo. ¡Como que soy más soberbia que Don Rodrigo en la horca...! ¡Española al fin, de origen... y á una española nadie la humilla!... ¿entiendes? Vé á tu destino, Lipe... y no te digo que te acuerdes de mí... ¡porque ya sé que acordar has de acordartel

El tono de Rosario era decisivo. Transpiraba en él la energía de la resolución irrevocable, y, en efecto, una especie de orgullo exaltado, la arrogancia de la mujer hermosa y grande, de la mujer de precio, tesoro en cuerpo y alma, que no quiere arrostrar desdenes, y prefiere arrancar con sus propias manos valerosas la raíz ya oscilante del amor. Este sentimiento, quizás menos noble que otros en que Rosario

se inspiraba, pero femenino y natural, provocó en Felipe un arranque de egoísmo feroz, una racha de bárbaros celos prematuros; y anudando los brazos al cuello de Rosario, boca contra boca, balbuceó sin saber lo que decía, descubriendo el alma:

—Si has de ser para otro, prefiero quedarme y echar á rodar de un puntapié la corona.

Un dolor agudo atravesó el corazón de la chilena: sólo en aquel momento vió patente la diferencia entre la índole de su cariño y la del de Felipe. Sólo en aquel momento lloró sin lágrimas, con una de esas efusiones interiores de llanto que son mortales como las hemorragias internas, el tremendo sacrificio consumado, la honra perdida, la ofensa á Dios, la existencia colmada de afrenta y duelo que la esperaba á ella y,—¡castigo horrible!— al sér que llevaba en su vientre. «Acepta, cástate con Felipe, no merece tu sacrificio»; murmuró allá en el alma de Rosario una voz burlona y tentadora... Pero la chilena se hizo fuerte otra vez; esgrimió su bien templada voluntad... y desasiéndose blandamente, dijo sin jactancia, como quien se ofrece á realizar el acto más sencillo del mundo:

—Vé tranquilo. Me considero y me consideraré siempre tuya. No hay para mí porvenir. Mi historia se cierra el día en que tú salgas de aquí, hacia Mónaco... á pretender... á tu futura, á la *Electa*.

Felipe se sintió abrumado, aplastado, lleno de confusión. Deseaba sinceramente que Rosa-

rio le sujetase y le compeliere á deshacer toda la labor de los últimos meses y de los últimos días. En aquel instante señalado y postrero, conocía las dulzuras victoriosas de la dicha gozada en el paraíso de la Ercolani, y sus labios tenían sed aún, y el licor no se había agotado, ni siquiera se columbraba, al través de su rojo rubí, el fondo de la copa. El presente se revestía ya de la poesía embriagadora del pasado, de lo que no ha de volver nunca... Y el enigma de aquel seno de mujer, que encerraba la clave de la vida al encerrar quizás la continuación de la raza, acrecentaba el afán de Felipe, atado, enlazado su corazón al de Rosario por mil hilos de piedad, de codicia de los sentidos y de anhelos del corazón.

—¡Haces muy mal en no decirme... todo!— murmuró.—Estamos á tiempo. Luego que yo salga de aquí... no podrá repararse el daño. ¡Sé francal ¡No mientas! ¿Es cierto que tú...?

Y una ojeada y un movimiento significativo completaron la pregunta.

—¡No y no!—insistió Rosario en voz casi dura.—¡Manías de Gregorio! No existen tales novedades sino en su imaginación. No me preguntes otra vez, porque me haces daño y me enojas. Si en algo me estimas, sigue tu suerte, cumple tu deber. Quien nace al pie del trono, Felipe, no es como los demás hombres: ni puede regirse por la ley general, ni tiene derecho para arreglarse la vida á gusto, olvidando los intereses que representa. Cuando... entré en tu casa... ¡bien sabía todo esto! Y sólo en-

tré... para que tú no lo echases en olvido. Otra mujer aspiraría á perderte: yo me propuse salvarte. Tu encubramiento es obra mía, Lipe... Tengo esta pretensión. En cambio del bien que te hago, te pido un favor: que no te detengas... que te vayas cuanto antes. Los dos sufrimos mucho en este período... así... de incertidumbre, que para nadie es bueno. Un momento de valor... cerrar los ojos... y después, la conciencia en paz... Animo, Lipe... ¡Todo es el primer instante!

—¿Lo crees tú?...—interrogó Felipe, abrumado por una fatiga repentina, que atribuía á la pena de separarse de aquella incomparable mujer.—¿Lo crees tú? ¿Y quién te lo asegura, vamos á ver? ¿Qué sabes si creyendo enviarme á la gloria y al triunfo... me envías...

No prosiguió, pero ya Rosario suponía haber adivinado. Hay un punto en que jamás se equivoca la mujer si ha vivido algún tiempo en intimidad con un hombre: Rosario conocía los quilates del valor de Felipe María, y no imaginó siquiera que aludiese á ningún riesgo positivo. Rosario había oído hablar de presentimientos, de extrañas corazonadas que nadie sabe de donde vienen; pero más tarde, cuando recordó, entre accesos de desesperación, aquella conversación y otras de los últimos días de su convivencia con Felipe, tuvo que reconocer que el corazón que menos avisa, el corazón menos zahori, es quizás el más amante... ¿Cómo pudo ella, la apasionada, la instintiva, responder á la vaga indicación de Felipe estas

palabras que los acontecimientos hicieron terribles cual una sentencia?

—Te envío á tu lugar en el mundo. Ya es tarde para que desertes. Si no querías, no debiste ir al Casino, ni recibir aquella ovación, ni fomentar aquellas ilusiones. No se juega con esta clase de cosas, Lipe; y si hoy retrocedieses en el camino emprendido, serías la ignominia de tu estirpe... No he de permitirlo. No se dirá que á tal vergüenza contribuyó Rosario.

—Quizás... —exclamó Felipe, más indeciso cuanto más decidida se mostraba ella— quizás, sin querer, hagas mi desgracia al rechazarme de tu lado. Voy á hablarte como se habla á Dios, nena, Rosario mía; desde hace unas horas, desde que se ha marchado Gregorio, no sé por qué... ya comprenderás que no es por que las frases ni las acciones de ese desequilibrado me hagan fuerza... pero en fin... ¡caso expresen algo que yo, sin saberlo, también sential... Mira... desde esa escena, parece que veo de otra manera la vida que me aguarda.

—Eres voluble, Felipe—murmuró la chilena— y no puedes serlo; ¡tú menos que nadie!

—No es volubilidad. Es... no sé qué; ¿cómo explicarlo, si yo mismo no lo entiendo? Es una especie de sombra rara, que me quita el sentido. Si fuese supersticioso, superstición le llamaría. Pero, ¿á qué tomarnos el trabajo de buscarle nombres? Debe de ser lo más natural: la dificultad de dejarte. Me creí armado de mayor valor del que tengo. ¡Hemos sido aquí tan di-

chosos, Rosario! Lo que me espera, ¿valdrá lo que abandono? No lo creo; no cabe en lo humano. Conozco que tienes razón, que es tarde; estoy ya en tal caso, que no me es lícito retroceder.... Pero se me han caído las alas. ¡Dame ánimos tú, Rosario!

Un movimiento de protesta, casi de indignación, encrespó el noble espíritu de la chilena. Estuvo á punto de perder la paciencia, ó, mejor dicho, la exterioridad paciente que conservaba á tanta costa. ¡Felipe pidiéndole á ella, á la víctima, fuerza, estímulo y consuelo! Pero fijó la mirada en el rostro descolorido de su amante, y su cólera se abatió como la espuma del mar al cubrirla una ola de aceite. Felipe estaba verdaderamente triste; sus ojos, en vez de exhalar los reflejos de otras veces, se cerraban mortecinos; sus labios, ligeramente temblorosos, exhalaban un suspiro hondo que parecía queja tímida y humilde. La enamorada abrió los brazos, y Felipe María cayó en ellos, silencioso, inerte, sin expresar su pena más que con la violenta presión de sus dedos convulsivos, hincados en los hombros de Rosario. Y así permanecieron más de una hora, tras pasados, no sabiendo qué decirse. Los dos comprendían que aquello era despedida—verdadera despedida—para siempre.

XIV

DUNSINANIA

TRES ó cuatro días hacía que Miraya, alojado en Mónaco, en el hotel donde estaban preparadas las habitaciones de su Alteza Real Felipe María de Leonato, esperaba la llegada de éste, anunciada todas las mañanas por un lacónico billete, y suspendida por otro todas las tardes. El agente del ilustre hombre público Stereadí empezaba á darse al diablo. Aquellos retrasos no le hacían ni pizca de gracia, valga la verdad. ¡Sí, gracia! Hasta puede asegurarse que le desesperaban, que le sacaban de quicio.—«Qué mala está de arrancar la muela» —decía para sí.—Y chasqueando la lengua contra el cielo de la boca, á estilo de inteligente que paladea un vino delicioso, añadía: —«No es milagro. La chilénita vale un Perú. ¡Es una gran mujer, una mujer de oro! Pero me parecía á mí que no había de ponernos dificultades; tenía yo

barruntos de que cumpliría como buena hasta el fin. ¿Será que ahora, en el epílogo.....?»

Discurría así Miraya, á tiempo que acababan de servirle una taza de café, en la terraza del hotel, y un camarero le presentaba, abierto, un cajón de escogidos puros: todo por cuenta del hospedaje del príncipe. Cuando se disponía, rumiando sus preocupaciones, á hacer fiesta á café y cigarros, oyó, á sus espaldas, la voz respetuosa del camarero... Que estaba allí el señor conde de Nakusi, que quería verle en seguida, y rogaba que pasase el señor al salón...

—¿Por qué no vendrá aquí? Otro maniático como su ínclito tío el duque —refunfuñó Miraya, rechazando con mal humor la taza llena.—Cualquier bobería: de fijo.

Apenas hubo entrado el periodista en el gran salón del hotel, y saludado á Nakusi, cambió de parecer: la agitación del conde, la precipitación con que se levantó de la butaca y corrió hacia él, lo entrecortado de su acento, le descubrieron que no se trataba de una nimiedad, de algún almuerzo ó concierto, sino de cosa muy grave.

—¡Stt! Hablemos, pero bajito... Las paredes oyen en estos malditos hoteles— exclamó Nakusi.—Ahora, ahora mismo, salimos para la Ercolani...

—¿Pero qué ocurre?—preguntó el periodista con ansia.

—Ocurren novedades gordas... ¡Quizá la vida del príncipe...!—tartamudeó Nakusi, que podía respirar apenas.

—¿Su vida? ¿Eh? ¿Cómo su vida?

Y Miraya se sentía palidecer y notaba que se le enfriaban las manos.

—Su vida... Escúcheme... He recibido una carta...

—¿De su tío de usted? —preguntó Miraya, reaccionando y con descortés ironía.

—No, de mi tío, no — contestó el joven oficial, frunciendo el entrecejo, y adoptando, á pesar de lo crítico del momento, tono de altanería involuntaria.—Del intendente de unas tierras mías, donde son colonos y pastores los padres de Esteban, el que fué cochero de su Alteza hasta hace poco...

—¿Y eso, qué? — insistió Miraya.

—¡Paciencia! Mi intendente me pide justicia... Parece que el padre de Esteban apareció cadáver al pie de un muro...; y que á consecuencia de este suceso, la madre llamó á su hijo...; Esteban acudió...

—De mala gana, hay que decir la verdad, porque no quería separarse del príncipe...— advirtió Miraya, que empezaba á entrever confusamente algo extraño.

—De mala gana, en efecto... Pues bien; Esteban, según mis noticias, también ha sido muerto... á cuchilladas, en riña, en la feria... pero aquí está lo grave; mi intendente cree que el lance fué provocado, y que los tres ó cuatro matones que se encargaron de despachar al infeliz cochero, eran conocidos en el país por agentes políticos de... de los enemigos de nuestra causa.

—¡Del duque Aurelio! — exclamó Miraya con ira.

—¡No! ¡Eso no puede decirsel ¡Eso no puede creersel — protestó dolorosamente Nakusi. — El duque no había de ordenar ciertas cosas; ¡es un noble, es un militar, es un héroe!

—¡Tarari! — canturreó con impertinencia el periodista. — Bueno, quedamos en que no era el duque... pero lo cierto es que han escabechado á ese pobrecillo de Esteban... Y ¿con qué objeto...? ¿Qué tiene que ver...?

Como Nakusi, torvo y crispado, callase, Miraya se golpeó la frente de súbito.

—¡Ah! ¡Adivino! ¡Para colocar otro cochero en casa del príncipe!

El conde sacudió enérgicamente la cabeza, echando á Miraya una ojeada de arriba abajo, desdenosa y mofadora; y, remachando el clavo, murmuró:

—Cochero que, por más señas, ha entrado en casa del príncipe á instigación y por recomendación expresa del Sr. Sebasti Miraya. Sí, señor; los tontos podremos decir las tonterías; pero es axiomático que ustedes, los hombres de talento, son quienes las hacen. Sólo por los ojos zainos que tiene y por aquella cicatriz, no admito yo á semejante cochero, dándole el puesto de confianza, entregándole la vida de su Alteza.

—¡Traía tan buenos informes! — alegó Miraya, sobrecogido á pesar de su petulancia y aplomo.

—Informes de su destreza... que es consu-

mada .. pero no de su pasado, no de su historia, no de la cicatriz que le cruza el rostro... ¿No le ha dicho á usted ese bellaco que no había estado en la guerra nunca? Pues la hizo toda... ¡oiga usted bien!, ¡como espía y le señalaron en la cara por infamarle, habiéndose librado de ser fusilado gracias á su coraje y á su audacia... En fin, no perdamos tiempo. Vamos los dos en persona, sin dilación, á la Ercolani, y escoltemos al príncipe, como es nuestro deber, y purguemos la casa de ese bandido. Yo no me había atrevido nunca á acercarme á la Ercolani... por... por respeto... y no sólo respeto al príncipe... sino... a otra persona... ¡a una señora! Hoy, es distinto. Iré de cabeza... Venga usted, ya llega mi coche... ¿No tiene usted revólver? No estaría de más cogerlo...

Cuando Miraya se encaminaba á la puerta, dióse de pronto una palmada en la frente.

—Es inútil ir, conde... El príncipe debe de estar llegando á Mónaco.

—¿Qué dice usted?—gritó Nakusi.

—El billete de ayer disponía que si hoy, por la mañana, no se recibía aviso en contra, á las cuatro de la tarde estaría aquí su Alteza... Son las tres y minutos. . Mientras vamos...

—¡No importa! ¡No importa! ¡Razón de más! Le encontraremos en el camino...

Y Nakusi bajó corriendo las escaleras, seguido de Miraya, que apenas tuvo tiempo de coger su sombrero, dejado encima de una silla. Mientras los dos suben al coche y el cochero arrea á los caballos, que salen, no al trote,

sino al galope, otro carruaje, un fino faetón inglés de guiar, de dos ruedas, marcha en sentido contrario por el camino pintoresco que, desde la Ercolani y siguiendo el borde del mar, conduce á Mónaco. Felipe María, desde la misma puerta de la villa, ha entregado las riendas á Alejo, y éste brega por igualar y contener á los dos magníficos y rebeldes potros color flor de romero — un pelo que, según opinión de los inteligentes, denuncia condición falsa y traidora, mientras los alazanes reúnen á la fogosidad la nobleza.— Fijandose sólo en la estampa, el tronco flor de romero era lindísimo. Bajo la claridad del sol, el pelaje de los dos hermosos brutos parecía de seda color rosa pálido, con visos y ondas de plata gris; y sus crines rutilantes, sus delicados remos, sus acopados cascotes, sus formas mórbidas, de elegante curvatura, los hacían semejantes á los caballos del sol, esculpidos en alto relieve por los artistas de la Hélade. Cualquiera que no tuviese el ánimo tan abrumado de preocupaciones como lo tenía en aquel instante Felipe, seguiría con interés la lucha entre el hábil cochero y el tronco, aquel día más que nunca inquieto, impaciente y hasta enfurecido ante el menor obstáculo, pronto á espantarse y encabritarse por todo lo que veía, fuese una piedra blanca, fuese un pescador que atravesaba el camino con sus redes al hombro.

Mas Felipe no atendía á los lances de esta batalla, que otras veces le entretenía mucho. Fijos los ojos en el mar, pero sin ver tampoco

su azul planicie, sentía aun en el rostro las últimas caricias de Rosario, caricias que eran lágrimas, huella de fuego, húmeda sin embargo,—húmeda y quemante. ¡Nunca más! El aire vivo, rápidamente cortado por la carrera de los caballos, secaba en el rostro del futuro monarca las postreras gotas del llanto del amor, y en su cerebro, ligero y casi vacío, sin ideas, como suele estarlo cuando los pulmones respiran activa y copiosamente, sólo campeaba una percepción fuerte, poderosa, absoluta: «No puedo retroceder, no puedo cejar. Pertenezco á mi suerte. Vamos allá, suceda lo que suceda.» Iba, sí, iba á su destino, derecho, con los ojos de la mente vendados, para no ver peligros ni dolores; con los oídos tapados, á fin de no escuchar quejas ni voces lastimeras, de las que al pronunciar un nombre reblandecen el corazón... Iba decidido, sabiendo de cierto que abandonaba la ventura, convencido de que no le era lícito disfrutarla desde que había sido saludado rey. Como hoja arrastrada por los remolinos del arroyo, su voluntad ya no conocía más dirección que la de la corriente que le impulsaba lejos, lejos de allí, á donde quisiese la fortuna llevarle...

Dos ó tres veces los caballos se alborotaron, quisieron desmandarse, y Alejo, sombrío y cejijunto, les fustigó las relucientes ancas, por las cuales corrían estremecimientos de cólera, que hacían rielar la sedosa piel. Si Felipe no fuese tan abstraído, notaría algo extraño en las maniobras del cochero: diríase que procuraba in-

quietar á los animales, con una provocación sorda y continua, de efecto seguro; y al par que los refrenaba duramente, á golpecitos reiterados, cada vez más fuertes, recalentándoles la sensible boca, toda bañada en espuma, y haciéndoles temblar á veces de dolor,—los irritaba con el latigazo injusto, violento, sin causa. El caballo, animal tan capaz de experimentar influjos de simpatía, siente también con vehemencia la antipatía, la protesta, el ciego y desesperado arranque contra la tiranía de un amo. Dóciles, aunque nunca amaestrados, bajo las riendas de Esteban, los generosos potros se volvían esquivos, reacios y traidores bajo las de Alejo, que parecía gozarse en instigarles á la rebelión. Según adelantaban por el camino colgado sobre el arrecife, donde podía ser doblemente peligrosa cualquier defensa del tronco, Alejo, en vez de calmarles con las acciones suaves y conciliadoras de los cocheros prudentes, los excitaba más y más redoblando el castigo y las repentinas sofrenadas. En una huida terrible que dieron de pronto, vióse el ligero tren tan al borde del cantil, que Felipe María, saliendo de su ensimismamiento, no pudo menos de exclamar, maquinalmente:

—¡Eh! Alejo, atención... Este sitio no es para bromas.

—No hay cuidado, señor...—respondió el cochero, mirando de soslayo á su amo y contentiendo diestramente al tronco, con movimiento que revelaba tan consumada pericia, que Felipe, tranquilizado, volvió á sepultarse en su

absorta contemplación del porvenir. Lo que se desarrollaba ante su imaginación, el panorama de miles de figuras, que adivinaba soñando, no era el camino cosido como una cinta á la azul faldamenta del mar, sombreado por los copudos pinos de horizontal ramaje, y sobre el cual, algunas veces, blanca paloma, se suspendía una villita aislada y solitaria, parecida desde lejos á la Ercolani. Lo que Felipe María iba viendo interiormente eran las olas de la muchedumbre, alborozada y aclamadora; era la vía triunfal, entre gritos de entusiasmo y júbilo; era un palacio de altas techumbres, y, bajo un dosel de seda carmesí, un sillón dorado, rematando en garras leoninas, más elevado que los demás asientos... Y se veía á sí propio, sentado en aquel sillón, dominando á la multitud, mientras desfilaban ante él, inclinándose, militares de uniforme de gala, mujeres hermosas, descotadas, cubiertas de collares y pedrerías, con luegas colas de raso, orladas de armiño, que al deslizarse sobre la alfombra producían un crujido suave, como el que producen al ser arrancados los pétalos de la rosa...

Y eran tan vivas, tan insidiosas estas fantasmagorías, que Felipe María salió como de un sueño profundo al oír al cochero jurar sordamente y restallar la airada fusta, una vez más, sobre las grupas nacaradas de los lindos corceles, enroscándola después con silbido de culebra á su cuello redondo y salpicado de espuma; al advertir que corrían locos, con ese vértigo delirante del caballo que se desboca, y ni atiende

ya al látigo, ni á la voz, ni conoce otra ley más que su propio frenesí. Felipe entendió el peligro, y el espacio de un relámpago, un segundo, titubeó entre arrojarse al suelo ó asir las riendas. Pero á nada tuvo tiempo. Con brusco impulso insensato, desarrollando sobrehumana fuerza y vigor, Alejo volteó hacia la izquierda el tronco, cual se voltea la manilla de un grifo, y mientras los dos caballos, empinados, sublimes de actitud, girando en el vacío y azotando el aire con los remos delanteros, relinchando de espanto, acababan por desplomarse acantilado abajo, cayendo á los peñascos y al mar desde una altura de quince metros, y arrastrando como una pluma el tren, Alejo se lanzaba de costado al camino, sobre el cual quedó boca abajo, desvanecido, aturdido con la violencia del golpe...

Volvió en sí al darle un puntapié Miraya, al triturarle la muñeca con sus dedos de hierro el conde de Nakusi.

—¿Y tu amo?

—¿Y el príncipe, ladrón, infame? ¿Qué has hecho del príncipe?...

Nakusi apoyaba el cañón del revólver en la frente del cochero. Pero este se incorporó poco á poco, les miró sin temor, de un modo fijo, siniestro, lleno de salvaje indiferencia, hasta que, en el dialecto de su provincia—que era la misma de Nakusi,—respondió friamente, como quien sabe las consecuencias de sus acciones y no las rehuye.

—Allí... Allí ha caído.